

## **DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Deuteronomio 18, 15-20): *Pondré mis palabras en su boca.*

**Salmo (94, 1-2.6-9):** *«Ojalá escuchéis hoy mi voz: “No endurezcáis vuestro corazón”»*

**2ª lectura** (1ª Corintios 7, 32-35): *Quiero que ahorréis preocupaciones.*

**Evangelio** (Marcos 1, 21b-28): *Estaban asombrados de su enseñanza.*

Encontrarse con Jesús, escucharlo, contemplar su modo de ser y de estar en la vida produce sorpresa. Más que sorpresa, estupor. Estupor es eso que te sucede cuando lo que ves y oyes no te lo acabas de creer. El evangelista Marcos recoge la reacción de los que le escucharon y le vieron actuar con esta pregunta, que más que pregunta es una exclamación: *«¿Qué es esto?»*. Jesús rompía las fronteras de lo conocido y de lo acostumbrado, de lo que aquella gente había visto y oído a los maestros de la religión oficial. Los maestros explicaban la ley; en cambio, Jesús les hablaba de un Padre misericordioso y de su presencia salvadora en los corazones. Los maestros de la ley no se salían de la letra de la ley. En cambio, Jesús les hablaba de la vida y ponía su vida en lo que decía. Había en él una novedad de vida tan grande que muchos se sentían “sanados” y todo esto les tenía asombrados. Era “una enseñanza nueva expuesta con autoridad”.

Para los mismos fariseos, representantes de la ley de Moisés, Jesús es una muestra evidente de que no basta el conocimiento de la ley para hablar en su nombre e imponerla a los demás. Es necesario tener la autoridad correspondiente para hacer valer con garantía lo que se enseña a los demás. No es pues la arrogancia del que habla quien da valor a sus palabras sino la autoridad que ha recibido de quien puede otorgársela. El mismo Jesús recuerda al procurador Pilato, quien con arrogancia le dice que tiene poder para condenarle o soltarle, que *«no tendría sobre él ningún poder si no se le hubiera concedido desde lo alto»*. Esta función de hablar y decidir con autoridad no es pues un derecho propio que mana de la fuerza y/o voluntad de uno mismo, sino de la misión que ha recibido de quien puede transmitir ese poder. Respetando el valor de todas las mediaciones recordamos que *“todo poder viene de Dios, a quien en definitiva le corresponde todo poder, honor y gloria”*.

En el hablar de Jesús hay una fuerza interior que mana de su espíritu puro frente a los espíritus inmundos que intentan apoderarse del hombre y hacerle su esclavo. Las enseñanzas de Jesús no son meras informaciones sobre las realidades trascendentes sino palabras acompañadas de una eficacia y eficiencia asombrosas. Lo asombroso de Jesús es que su misma persona es Palabra viva de Dios, por ello simplemente su presencia, sin necesidad de hablar, es ya un imperativo contra el enemigo del hombre, ese espíritu inmundo que reteniéndole en su dominio le impide conocer la verdad.

Jesús devuelve la autoridad a la Verdad que no necesita apoyarse en argumentos, sino que su fuerza dimana de sí misma y transmite salvación a los que la reciben. No engaña ni promete triunfos aparentes sino la total liberación de cuanto esclaviza lo más íntimo y sagrado del ser humano: la mentira, pura negación de la Verdad que es lo único que tiene valor eterno. Jesús es el Maestro que cuando enseña transmite una energía salvadora desde su interior con toda la fuerza del poder de Dios que obra en Él. No así los maestros de las sinagogas que transmitían preceptos y enseñanzas humanas faltos de esa energía interior que da vida y fuerza a las palabras.

Las palabras de Jesús sonaban a novedad, a vida, porque las sacaba desde lo más íntimo de sí mismo, como se saca el agua de un manantial interior. Eran palabras de vida que sanaban los corazones heridos, que traían paz a las personas angustiadas, que levantaban el ánimo a las personas caídas. Quien le escuchaba sentía cómo le renacían las fuerzas para levantarse y continuar el camino. Sus palabras podían tener la suavidad de una caricia y la fuerza irresistible del amor que todo lo cambia. Cuando hablaba ponía el alma en las palabras y la gente notaba que allí, en aquella enseñanza, estaba Dios, el «*Abba*» del que les hablaba. Por eso, era “una enseñanza nueva expuesta con autoridad”. La autoridad de quien se cree lo que dice y lo que dice lo vive.

Tal vez digamos: ¡Qué envidia de aquella gente! ¡Qué suerte tuvieron! Lo asombroso es que también hoy es posible. Cuando nos acercamos a los relatos evangélicos con el deseo de conocer a Jesús, verdaderamente escuchamos su palabra y, su palabra puede sorprendernos. Como en la sinagoga de Cafarnaúm, Él desea llegar a nuestras vidas y anunciarnos la mejor de las noticias y sanarnos las heridas. Un cristiano es el que desea encontrarse con Jesús, con su vida, con sus palabras. Necesitamos criterios válidos para percibir, como los contemporáneos de Jesús, quién y cuándo habla con la autoridad que Dios le otorga. El peor enemigo para discernir esta presencia de lo divino es negarse por el egoísmo a los dones del Espíritu y contentarse con lo propio sin sentir la necesidad o la sed de Dios.

Al mirar la realidad de nuestra vida cristiana, personal, parroquial, pareciera que la rutina hecha a fuerza de repetición hubiera ahogado la novedad y autoridad de su palabra. La leemos, pero no nos toca, la escuchamos en la celebración de la Eucaristía, pero nuestra mente anda distraída y no dejamos que nos lleguen adentro. Necesitamos volver a Galilea, a Cafarnaúm, a escuchar por primera vez su voz. El salmo de hoy nos ha llamado a ello: *«Ojalá escuchéis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón»*.